

llevaron a formar parte de una empresa siderúrgica, a la que aportó todo su capital de 30.000 libras. Hubo un primer momento de prosperidad, al que sucedió otro de crisis. Surgieron puntos de vista distintos en el seno de la entidad, para resolver la situación, y algunos socios, entendiendo desacertada la actuación del director-gerente, trataban de exigirle responsabilidades. Ferrini fué elegido presidente de la Sociedad, se opuso tenazmente a tal exigencia y, según testimonia el abogado de la Compañía, chizo obra de pacificador y perdió su capital sin recriminación alguna, conservando la amistad con aquellas personas que habían sido, al menos, ocasión de tal pérdida.

En las Conferencias de San Vicente, Ferrini encontró campo propicio para ejercer la caridad. Por el testimonio de algunos amigos y, especialmente, de sacerdotes, sabemos que era largo en hacer limosnas, aunque siempre de la manera más oculta posible. En las suscripciones públicas, si eran con finalidad honesta y religiosa, su modesto óbolo jamás faltaba. Secretamente ayudaba a estudiantes de la Universidad que se hallaban necesitados.

«Sé—añade el confesor de Ferrini en Sona—que socorría a los pobres y que ninguno se dirigía a él que no recibiese ayuda. Me consta que favorecía también a los clérigos pobres, pero siempre secretamente... Una vez me dijo que pensaba hacer una obra benéfica. Le advertí que debería pensar en su vejez. Añadió entonces que además de su sueldo recibía algo por artículos y estudios publicados y que, en definitiva, ya pensaría en ello la Providencia de Dios».

Esta misma manera de proceder, ocultando sus limosnas, revela claramente el espíritu evangélico de la conducta de Ferrini. Pero tenemos, además, una expresa y terminante confirmación en una de las normas de su *Reglamento de vida*: «Amaré—dice—la santa pobreza y trataré de practicarla con relación a los pobres, viendo alegremente las pérdidas y demás daños, en el vestido, y dando las cosas superfluas».

Pero la caridad de Ferrini se dilataba hasta horizontes mucho más amplios. Su cortesía, sus buenas maneras, su afabilidad nunca turbada por el mal humor, eran proverbiales. Ya vimos que cuando Necchi y su compañero saludaron a Ferrini, éste les respondió «con la máxima cortesía y con aquella sonrisa tan dulce que le era habitual». Sus compañeros de estudios sabían que a Ferrini se podía acudir siempre para obtener los apuntes que pudieran faltarles o para aclarar algún punto oscuro.

Y es que para Ferrini «nuestros hermanos son la imagen de